
STACK
ANNEX
5
066
372

CLUB "ACCIÓN COLORADA MELCHOR PACHECO Y OBES"

ELOGIO DE JUAN CARLOS GÓMEZ

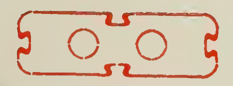


Conferencia pronunciada el 16 de Marzo de 1918 en "La Lira"

POR EL

SR. HÉCTOR VILLAGRÁN BUSTAMANTE

Con un discurso preliminar del Sr. Washington Paullier



MONTEVIDEO
Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio" de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo, 483
1918

Elogio de Juan Carlos Gómez

CLUB "ACCIÓN COLORADA MELCHOR PACHECO Y OBES"

ELOGIO DE JUAN CARLOS GÓMEZ

Conferencia pronunciada el 16 de Marzo de 1918 en "La Lira"

POR EL

SR. HÉCTOR VILLAGRÁN BUSTAMANTE

Con un discurso preliminar del Sr. Washington Paullier



MONTEVIDEO
Imprenta y Casa Editorial "Renacimiento"
Librería "Mercurio de Luis y Manuel Pérez
Calle 25 de Mayo, 483
1918

Discurso del Sr. Washington Paullier

Señores:

Continúa hoy nuestra propaganda, trayendo a la memoria los rasgos patricios de Juan Carlos Gómez.

Al orador, Héctor Villagrán Bustamante, esa tarea, que desarrollará sin necesidad de elogio previo.

Consecuente con su programa de ideas, el « Club Acción Colorada — Melchor Pacheco y Obes » — prosigue así, la conducta trazada en su manifiesto inicial, y en la conferencia anterior sobre « Normas históricas del partido ».

Nuestra labor, señores — está fundada en el convencimiento de que el Partido Colorado, debe sobrevivir a toda costa, en nombre de las libertades y del progreso del país, que él y nadie más que él, ha sabido conquistarle.

Nuestra irreductible tendencia al coloradismo histórico, es el resultado del estudio de la vida nacional, de la índole inferior cristalizada del partido blanco y de su incapacidad para gobernar — peligro regresivo permanente, que solo puede ser combatido, por medio del Partido de la Defensa, en el poder, fiel a sus tradiciones, a su moralidad en la vida cívica y a sus energías extraordinarias, cuando horas de dolor y de prueba obligan a empuñar las armas.

Cuando levantamos nuestra voz para glorificar a Rivera, a Pacheco, a don Lorenzo Batlle o al doctor Juan Carlos Gómez, no lo hacemos para aletargarnos en la penumbra declinante, donde los cinerarios se duermen — y en la que, las tumbas murmuran; — es para llamar hacia nosotros el recuerdo que templa y desencadena las energías viriles, como las de aquellos grandes hombres cuyo espíritu era más fuerte y puro dentro de la familia Oriental, que el Hierro y el Oro entre los metales.

Si llamamos a todos los correligionarios insistentemente, sin preocuparnos de las rencillas de momento, para hablar de nuestra gran historia — y ser siempre mejores partidarios, es porque sabemos que el futuro será de hechos recios; por que estamos convencidos, de que la verdad en la acción y la

2073336

grandeza y hasta la conservación de la existencia colectiva están allá, en la altura, que es de todos; donde acampan nuestras ideas, nuestros genios protectores, nuestros libros, nuestras batallas ganadas — todo: Historia y Porvenir.

Es por eso que decíamos desde esta tribuna, que lo repito ahora - y que en todas formas trataremos de llevar el convencimiento al seno popular, de que «la Guerra Grande no ha terminado», que los hombres del Cerrito siguen siendo los hombres del Cerrito — y que nuestra colectividad debe seguir siendo también el Partido de la Defensa, hasta que, en último término, en lucha singular de Horacios y Curiacios, se resuelva quien rueda para siempre sobre la arena — y quien queda dueño del campo.

De ahí que, consecuente con ese ideal de perfeccionamiento y de predominio político, nuestra propaganda vaya a buscar en el campo histórico, los que con su ejemplo, después de haber triunfado en el espacio de tiempo que constituyó su época, puedan darnos las claves que guardan los secretos del porvenir.

Es solamente haciendo que nuestro partido, — todo él, como todos los que militan en la causa común, se asemeje cada día más a esos ciudadanos ejemplares, cómo sin saberlo y sin quererlo casi, la colectividad de la Defensa, estará en mejores condiciones para que su asombroso medio siglo de dominio se aproxime a la preeminencia secular, imponente y venerable, como esas gigantescas wellingtonias, reinantes desde lo alto de sus montañas, sobre la América del Norte.

Así será siempre; porque las colectividades y los hombres que como aquellos grandes ciudadanos condujeron la historia, serán los que estén preparados para practicar las dos máximas antiguas, que contienen todo el respecto a la libertad agena, y todas las altiveces de la propia dignidad.

« *Acuérdate que no eres más que un hombre; pero acuérdate que eres un hombre* ».

Así fueron Rivera, Flores, Pacheco, Batlle, el doctor Gómez, los grandes conductores del Partido Colorado; por eso le comunicaron un destino único en los anales del Plata — mientras la incapacidad para el cumplimiento del respeto a la libertad agena y a la propia dignidad, produjeron en el campo adverso, la indigna camarilla política y los jefes militares igualmente indignos, que después de decretar y ejecutar Quinteros, huyeron en el combate seis años después — y entregaron vergonzosamente Montevideo, ante las huestes de la Cruzada.

Tiene la palabra el señor Villagrán Bustamante.

Elogio de Juan Carlos Gómez

Hace poco, señores, releía yo las páginas de una vieja polémica en el transcurso de la cual un distinguido publicista, volvíase contra la pretensión, que atribuía a « los escritores de la escuela constitucional y muy especialmente a los de tradición blanca », — de anular nuestra historia, pasando sobre ella « la esponja del olvido inmoral y nivelador ». La resistencia a tal idea — que sólo podía fundarse en motivos de oportunismo político y que, a la vez que velaba las más graves culpas, obscurecía las glorias más puras, apoyábase en altas razones. La Historia no es una simple relación de hechos expuestos cronológicamente; es también una disciplina y una norma, y si ella contiene la suma de la experiencia humana, trabajosamente adquirida entre éxitos y contrastes, entre luchas y dolores sin cuento, debe, a la vez, contribuir a formar a los pueblos en el culto del heroismo, en el sentimiento de la patria, en el amor a la justicia, en la pasión de la libertad y del bien, en el respeto y la veneración a los grandes hombres, tanto como en la protesta contra el despotismo y contra el crímen.

Tal es sin duda, el verdadero concepto de la Historia, cuya anulación importaría cegar una fuente perenne de altas y nobles inspiraciones; y no ha podido ser otro distinto el criterio que presidió la formación del Club « Melchor Pacheco y Obes », cuya propaganda tradicionalista, con tanto brillo iniciada por su Presidente el señor Wáshington Paullier, se dirige precisamente a promover y estimular las sugestiones profundas que son

capaces de producir en el alma de las nuevas generaciones los hombres y las cosas del pasado.

Yo voy hablaros esta noche del doctor Juan Carlos Gómez en quien podríamos encarnar el sentimiento y el verbo de la reacción contra una época de tiranias oprobiosas, de crueles luchas, de convulciones y de violencias, bastante a poner a prueba todos los resortes de la voluntad y todas las fuerzas misteriosas de la fe; de Juan Carlos Gómez, periodista, tribuno, literato, poeta, profesor, jurisconsulto, hombre de gobierno, que brilló en todos los torneos de la inteligencia y que impuso su estrofa por sentida y por honda y su palabra por inspirada y por bella. Se ha formado, de algunos años a esta parte, una bibliografía interesante y copiosa, en torno de la personalidad del doctor Juan Carlos Gómez. El prócer ha sido estudiado en todos sus aspectos y bien sé que nada nuevo he de decir a su propósito. No he vacilado, sin embargo, al elegir como tema de mi conferenciv este severo perfil antiguo, no solamente por la admiración y el entusiasmo que siempre me ha inspirado, sino también porque pienso que nunca es redundante ni vano el elogio de los grandes hombres.

Pero antes de terminar este exordio, ha de serme permitido expresar con cuánta emoción me dirijo a vosotros cuando se difunde por todas partes lo que el autor de las « Piedras liminares » llamaría « la persuación de nuestra cordialidad »; cuando puede decirse que es ya un hecho, destinado a perdurar, la unificación colorada; cuando se cumple uno de los postulados inscriptos en nuestro programa; cuando se tienden fraternalmente las manos y nos disponemos a elaborar todos, solidarizados en el pensamiento y en el esfuerzo, la grandeza y el porvenir de la República.

La significación del acontecimiento, es cosa que no no puede ocultársenos y sellada la « unión sagrada », los dias que nos aguardan serán de triunfo y de gloria.

*
* *

Juan Carlos Gómez fué un esforzado y gallardo paladín de los más puros ideales, y su pluma de periodista y su palabra de inspirado tribuno estuvieron siempre como armas nobles, al servicio de la libertad. que había cantado ya en su lira de poeta, siendo un adolescente. Fué así que, proscripto cuando una siniestra tiranía se extendía como una mancha, como una sombra obsesora, como un agravio y una afrenta a la civilización, envolviendo a los dos pueblos del Plata, — lanzado a Chile por la tormenta, no se avino a ser un simple espectador en los sucesos que se desarrollaban a la sazón en el país que le prestaba una hospitalidad generosa, y el orador y el publicista difundieron, por largos años, ideas de orden, principios de organizacion, conceptos elevados, como si encendido en amor por los ideales que conmovieron su existencia, sintiera la necesidad de predicarlos, con el mismo ardor, en todas las patrias!

Gómez se hombrea en Chile con una pléyade de argentinos ilustres arrojados por la barbarie al otro lado de la cordillera: con Mitre y Juan María Gutiérrez, con Alberdi, de quien recibe la pluma con que redactara *El Mercurio*, y con Sarmienio, aquel « Hércules debelador de mónstruos y tiranos » — como lo definió Rodó soberbiamente — en cuya prosa parecen concertarse todos los ruidos y todas las voces de la naturaleza.

Periodista, Gómez aborda con talento y con sentido práctico todas las cuestiones; escribe sobre política, sobre comercio, sobre enseñanza, sobre legislación y ahonda en todos los temas demostrando poseer una inteligencia flexible y una compresión segura y fácil que le permitía tratar con el mismo acierto, los asuntos más diversos, las cosas más substancialmente diferentes. « Su talento — decía don Ricardo Montaner Bello, en un acto de homenaje a la memoria de Juan Carlos Gómez, efectuado en Santiago de Chile, en el año 1905, — no era puramente especulativo y teórico sino también práctico y experimental, y aplicaba con frecuencia las cifras y la estadística. Poseía — agregaba un espíritu sagaz, previsor, calculador que no se engañaba con la mera apariencia

de las cosas, ni creia en la forma definitiva de las instituciones, que están sometidas, en verdad, a continuos cambios y mutaciones, según las propias necesidades que están llamadas a llenar ».

De la influencia que en Chile llego a ejercer la pluma de Juan Carlos Gómez, da una alta idea el hecho de haber sido factor principalisimo en la exaltación al gobierno de don Manuel Mont, « expresión de la democracia ilustrada », según lo decía el prócer uruguayo, en carta dirigida a los señores Cuartino y Vicuña Makenna, — aclamado por la juventud universitaria, que hallaba reunidas en el profesor del Instituto la cultura y las nobles inspiraciones.

Gómez pagó su deuda de gratitud con Chile defendiendo sus libertades, concurriendo a dilucidar y a esclarecer los problemas que aparecian planteados en el seno de aquella sociedad, y a lo levantado de la prédica, a la bondad de la doctrína, a la rectitud del propósito, unió siempre las seducciones de su estilo de una belleza varonil, que supo cuidar y mantener aún en lo más agrio de la polémica, empleando el término culto, la frase escogida, la expresión selecta, sin mengua de la eficacia del golpe, lo expresivo de las fintas y lo certero de la estocada.

* * *

En 1852, Gómez volvía a Montevideo, levantado ya el sitio y pacificada la República. No se había contado en el número de los defensores de la ciudad. No había ofrecido su pecho al plomo enemigo en el transcurso de la lucha. Y sin embargo, podia decirse de él, con toda propiedad, que era un hombre de la Defensa. Cabe afirmar hoy que lo fué por su cultura, por sus ideas, por sus sentimientos, por su amor a la libertad dentro del orden, por su respetuoso acatamiento a todo aquello que llevara el sello de la legalidad Como don Joaquin Suárez, como Melchor Pacheco y Obes, como Santiago Vázquez, personificaba principios, ideales y aspiraciones superiores. La Defensa frente al Cerrito, era la civilización frente

a la barbarie; los hálitos sociales frente al instinto, a las pasiones guarangas y agresivas; las fuerzas y los valores morales frente al malón; el núcleo constructivo, capaz de todos los impulsos generosos, frente a los agentes de la tirania; la visión del porvenir, nítida y limpia, frente al estancamiento y al retroceso.

Tiene que ser considerado, por su espíritu, como un hombre de la Defensa quien, en el mismo año de 1852, redactaba, en unión del General Pacheco y Obes, aquel programa de acción de la Sociedad de Amigos del País, con arreglo al cual se proponía pugnar por « el imperio de la ley; la realidad de la Constitución: el mantenimiento de la paz; la consolidación del orden; la obediencia a la autoridad: el sostén del gobierno constitucional de la República; la sucesión constitucional de los Presidentes; la moralidad en el gobierno; la pureza en la Administración; el afianzamiento del crédito público; la pronta acción de la justicia; el progreso de la República por todos los medios conducentes a la mayor civilización y prosperidad; la contracción al desenvolvimiento de los intereses materiales y absoluta prescindencia de cuestiones de vana teoria y de personalismo estéril »; para todo lo cual se trataría de promover: « la introducción y desarrollo de toda industria que prometa al país riqueza o bienestar a los ciudadanos; la inmigración extrangera por todos los medios directos e indirectos que estén al alcance del Estado y los particulares; la educación moral, intelectual y material del puesto; la importación de capitales extrangeros; la implantación de seguras instituciones de crédito; el crecimiento del comercio, de la agricultura y del pastoreo; el ensanche de la navegación a vapor de nuestras costas y ríos; la multiplicación de las vias y medios de comunicación al través del territorio; en una palabra: cuanto tienda a la opulencia de la Nación ».

Tal programa resumía las necesidades de la época y las aspiraciones del elemento culto y progresista del país; esa prenda de paz y sus cláusulas habían sido inspiradas por el más puro patriotismo. Todo era en él impersonal y el prestigio de las declaraciones que contenía

nacía de las ideas que las informaban. Pero el antecedente de esos postulados, hay que ir a buscarlo en la Defensa.

Montevideo no había sucumbido al fuego de los sitiadores. Dentro de su recinto de plaza fuerte, bajo las angustias del sitio, el pensamiento fué muchas veces más allá de las preocupaciones y los apremios de la hora, encarando los problemas del porvenir. Los forjadores de la epopeya eran, a la vez, estadistas, guerreros y hombres de mundo. Los jóvenes que se batían durante el día iban luego a participar en la tertulia de la noche, y dados al arte de la conversación, deshojaban, entre los ritmos del minué montonero, las rosas de su espíritu a los pies de las damas. Personificaban los hábitos y las costumbres urbanas, el sentimiento y el gusto de la sociabilidad, y el epígrama y la anécdota fluían en sus labios llenos de intención y de gracia. El general Pacheco y Obes, de vuelta de una visita a los pueblos avanzados, tras de recorrer las guardias y de impartir sus órdenes, quitábase el polvo de su uniforme y aparecía en los saraos donde daba la nota escogida de su palabra.

La actividad de aquellos hombres templados en todos los infortunios, fué verdaderamente febril. En ellos se reunieron las más raras dotes: el talento y las rectas inspiraciones, las virtudes patricias y la energía perseverante y tenaz. Todos esos dones de la naturaleza, los rindieron en el altar de la patria con inaudita prodigalidad, con la misma sencillez y con el mismo generoso y espontáneo impulso con que se desprendieron de sus bienes cuando las exigencias y las necesidades de la lucha requirieron aquella contribución material.

El programa de acción de la Sociedad de Amigos del País, traducía según se desprende de lo dicho, los principios y las ideas de la Defensa, ideas y principios enteramente compartidos por el doctor Juan Carlos Gómez.

Pero hay más: algún tiempo después, el luchador infatigable da a la publicidad *El Orden* y funda el Partido Conservador. El doctor Luis Melián Lafinur, define el espíritu de la propaganda de aquel diario produciéndose

al respecto en estos términos: « Los artículos de *El Orden* tienen en su mayor parte el carácter de lecciones de moral política por la elevación de las ideas en ellos emitidas y la forma en que los presentaba en días de agitación, en que la tormenta rugía por todas partes ». Y más adelante dice el mismo autor que « Gómez escribió *El Orden* con un patriotismo tan seguro y un criterio tan práctico, que no se hallará en ningún otro periodista de su tiempo, ni en los que escribieron en la prensa periódica después de sus días ».

En cuanto a las tendencias y a los propósitos de la nueva agrupación, su fundador los exponía con toda precisión, al iniciar sus tareas en la hoja a que daba nacimiento, diciendo entre otras cosas: « Asegurada la paz por mucho tiempo, y lo creemos sinceramente, porque contamos con que la opinión ha de pronunciarse enérgica desde que una publicidad vigilante ponga en transparencia todos los pasos, todos los manejos que puedan comprometerla; asegurada la paz, decíamos, el partido de que este periódico es el órgano, da el bello ejemplo de adoptar una divisa de paz denominándose Partido Conservador.

« Cumpliendo con un deber de franqueza, *el Partido Conservador comienza por declarar que tiene por antecedentes los principios, las ideas y los intereses sostenidos en la defensa del país contra la agresión de don Juan Manuel de Rosas*».

« Pero si *sus antecedentes están en esa defensa del país contra la agresión del dictador argentino,* ellos no excluyen la cooperación de los ciudadanos que, aceptando la modificación que le dan las circunstancias, quieran cooperar a trabajar en el seno del partido por la realización de sus esperanzas ».

No creo necesario, señores, agregar aquí nada más para demostrar que el doctor Juan Carlos Gómez fué un hombre de la Defensa, cuyas tradiciones recogía y procuraba mantener, considerando aquel episodio como el antecedente precioso y necesario de toda empresa de mejoramiento colectivo, como la piedra angular del porvenir.

* * *

El Partido Conservador llenó una de las páginas más brillantes de la historia del país Opuesto a los caudillos los combatió tenazmente; luchó contra la diplomacia brasileña y la política de fusión; fué « la escuela liberal donde se educaron todos los hombres de principios y de sacrificio » ; abrió el fuego contra el gobierno de Pereira y castigado al pié de las urnas de los comicios después de haber encarnado la tendencia civilista, fué decapitado en Quinteros, cayendo bajo el golpe aleve y traidor muchas de las personificaciones más prestigiosas del coloradismo histórico. Identificado con el espíritu de aquel organismo político, al que había dado vida, y del que fué el nervio lo mismo en los agitados debates periodísticos que en las teorizaciones tranquilas de la prensa, la acción del antiguo redactor de *El Mercurio*, se desenvolvió paralelamente con la de su grupo, pudiendo así resumirse el carácter y los fines de su propaganda de aquellos días en los postulados enunciados. En breve espacio de tiempo, Gómez abandona la redacción de *El Orden*, desempeña bajo el Triunvirato las carteras de gobierno y relaciones exteriores, las declina y vuelve a tomar en sus manos su pluma de periodista, teniendo esta vez por tribuna las columnas de *El Nacional*. Su paso por las esferas del gobierno lo revela como hombre de Estado, caracterizando su gestión una serie de disposiciones y decretos destinados a restablecer la libertad de imprenta, a amparar todos los derechos y a encarrilar la administración; y su vuelta a la actividad periodística lo torna a la polémica en la que su personalidad adquiere su mayor relieve. La prensa es su campo de acción natural. Si la propaganda doctrinaria por él desarrollada conquista adeptos para sus ideas, se crece en la discusión y cuando ataca hunde su hierro en el pecho del adversario, con mano firme y con seguro impulso.

No fué larga aquella su primera campaña de *El Nacional*. Tras su retiro de ese diario, Gómez vivió algún tiempo alejado de la escena pública, y cuando en 1857

volvía a ocupar su puesto de lucha en la redacción de la misma hoja que años antes divulgara sus opiniones, sus juicios y sus conceptos sobre hombres y cosas, habia viajado por Europa y venia de batirse como siempre, gallardamente, en *La Tribuna* de Buenos Aires

Regresaba al país en una hora bien infausta, cuando Montevideo gemía bajo la fiebre, y todo era aqui tristeza y duelo. Y porque de este lado del Plata estaban el infortunio y el peligro, y allá quedaba con el triunfo de sus amigos y compañeros «resuelta la crisis completa y favorablemente para la libertad», habíase dado prisa en volver para cobrar en el trance su parte de sufrimiento y de trabajo.

* * *

Gómez atacó con rudeza hombres y cosas que, en su concepto, era preciso combatir acerbamente. La exaltación y la violencia daban su fisonomía a aquellos tiempos de rudo batallar y requeríase, para participar en las jornadas de la época, el temple de metal. El redactor de *El Nacional,* lejos de dejarse intimidar por las reacciones de aquellos a quienes flagelaba, sin que influyeran en su ánimo las tempestades que promovia, seguia esgrimiendo, como una lanza guerrera, su pluma que había contendido en todas las lides del pensamiento, dentro y fuera de las fronteras de la patria, sin que pudiese señalársele una sola vacilación o una flaqueza!

Y cuanda Pisard, al frente de «una guerrilla de veinte hombres armados de fusil y bayoneta calada», — según lo expresaba el propio doctor Gómez en su comunicación a la Junta de la capital, — fué a hacer efectiva la orden de prisión dictada contra él por el gobierno de Pereira, prisión que era el antecedente de su extrañamiento, — aquel hombre fuerte devolvía los golpes que se le dirigían y los asestaba con mayor eficacia y con más brío, como si aquella gimnasia a la cual se había contraido, de especial manera, cerca de medio año, hubiese endurecido sus músculos y acrecido el vigor de su brazo y el acierto y el ímpetu de sus acometidas.

Desterrado, el escritor de *El Orden* ocupó la redacción de *El Nacional* y *La Tribuna* de Buenos Aires, pugnando por los mismos postulados que, invariablemente, había sostenido a lo largo de su vida.

No volvió Gómez del destierro sino cuando, algunos lustros después de su muerte, acaecida el 25 de Mayo de 1884, era traído a reposar en tierra propia, entre las voces de una resonante apoteósis en la que participaban tres naciones del continente, que habían escuchado su palabra, llena de la unción del inspirado y la fe del apóstol Y entre todas esas voces concertadas en el homenaje, alzábase gallarda, como pregón de justicia y de inmortalidad, la de aquel dulce maestro de *Ariel* que, hablando en la ocasión, a nombre de la prensa y el Ateneo de Santiago, decía del prócer, en una síntesis magnífica: «Personificó por la feliz armonia de sus dotes, su propio ideal de democracia culta, no reñida, sino connaturalizada con el orden y la selección. En nuestra historia, no halló figura que, con tal brillo, represente al gentilhombre, al patricio de una sociedad republicana. Porque él lo tuvo todo: el pensamiento penetrante y la palabra que lo esculpe en forma que no perece; el corazón generoso y la voluntad que convierte sus palpitaciones en impulsos eficaces y enérgicos; la austeridad estóica y la delicadeza exquisita; el favor de las gracias y las armas del combate: soberbio ejemplar de superioridad humana que, en escenario más vasto, hubiera dejado esculpida su figura en el mármol que contemplan con arrobamiento las naciones y los tiempos.»

* * *

Hablando del doctor Juan Carlos Gómez, yo no podría dejar de referirme al poeta que complementa su brillante personalidad. Acaso en otra ocasión, he de ocuparme extensamente de esa faz, tan interesante y tan atrayente de su fecunda actividad mental, tarea grata que hoy me impide realizar el temor de fatigar vuestra atención.

La musa de Juan Carlos Gómez fué tierna y melan-

cólica. y las tristezas del proscripto vibraron a menudo en su laúd. Su poesia va rimando las inquietudes, las angustias, las desesperanzas y los afanes del luchador y parece ser el eco doloroso de su porfia. de las vicisitudes y los contrastes de su existencia. Raramente fustiga, raramente se ciñe los arreos de pelea; pero el sentimiento de la patria y la pasión de la libertad y del bien están presentes en ella. A veces el poeta canta su destino, que lo lleva «a las ondas de la mar», que lo hace combatir sin tregua ni reposo; otras se duele de haber penetrado demasiado en las realidades del mundo, de su conocimiento y su dominio de los hombres y las cosas, de su experiencia que ha ido desposeyéndolo de caras ilusiones y amables creencias; otras llama en su auxilio a la esperanza, pidiéndole que embriague sus sentidos antes de abandonarlo. Pero si hay amargura y concentrado dolor en sus composiciones; si brotan ellas del suspiro y la lágrima; si a menudo son un eco nostálgico, afirman también su fe en el porvenir, en el que ve cumplirse sus generosos ensueños y en el que está para él «el Edén de la vida».

De Gómez ha dicho uno de sus biógrafos que, «con todos sus defectos y descuidos es el primero de nuestros liricos por la inspiración sincera y la espontaneidad en la melancólica dulzura de los sentimientos.» Dificil es, en efecto, igualarlo en cuanto a la verdad de la confidencia, del humano dolor y de la humana inquietud que refleja su poesia, cosa vivida que no surgió puramente de la imaginación, como producto exclusivo de la fantasia, sino que se gestó en las entrañas palpitantes de la realidad de la que cobró su mayor fuerza.

* * *

Juan Carlos Gómez fué un desinteresado. Nunca el cálculo, el egoismo, la ambición personal, movieron su pluma, ni dieron el tono de su palabra. Si combatió largamente, fué por una necesidad de su espíritu que sólo podía satisfacerse con la acción; fué porque la idea de

la lucha ejercía sobre él un influjo irresistible y porque habiendo nacido en la borrasca, como lo dijera en una de sus composiciones, estaba en medio de ella en su elemento. Pudo haber rendido a la fortuna; pudo haber ocupado posiciones espectables y bien remuneradas en un país que algo debia a su esfuerzo, de su organización y sus progresos, bajo situaciones que él mismo había contribuido a crear; pero prefirió al bienestar, a la vida regular y burguesa, calma y muelle, la agitación y el ruido de las armas, el apostolado, señores, con todas sus cruces y todas sus inclemencias, y entre ellas la pobreza y el destierro en cuyos crisoles se probó su alma estoica!

El 23 de Diciembre de 1856, en vísperas de su famoso duelo con don Nicolás Calvo, Gómez escribía al doctor don Pedro Bustamante, recomendándole a sus hijos. Aquella carta, que debia ser enviada a su destino en caso de que falleciera su autor como resultado de aquel encuentro singular, no llegó nunca, afortunadamente, a manos del hombre público a quien estaba dirigida *y* dada a la estampa tiempo atrás, viene a mi mente en el instante en que habló del desinterés, del espíritu de abnegación y sacrificio del escritor de *El Nacional*; de la resolución y la firmeza con que subordinaba a la cosa pública sus conveniencias y sus afectos el prócer cuyo nombre y cuyos hechos nos han reunido esta noche como bajo una gran cúpula moral!

Decía el doctor Gómez cómo antes de regresar de París, habiéndosele presentado propicia la ocasión de asegurar su bienestar, yendo a establecerse a Chile, optó por volver al Rio de la Plata, considerando en peligro la causa del país, por la cual se disponía a sufrir y morir, Agregaba que uno de los incidentes nacidos de la defensa de esa causa lo llevaba al duelo; y si invocaba tales antecedentes era para justificar el pedido que hacía a sus compañeros y amigos para que velasen por sus hijos, cuya suerte, según sus palabras, habia descuidado tanto.

Tienen un alto sentido psicológico las breves líneas de

esa carta, escrita en circunstancias realmente excepcionales, pues eran demás las condiciones del lance que la motivara, — y a través de ellas es fácil descubrir todas las calidades y valores que se reunieron en su autor. En efecto, son esas líneas la manifestación de un alma estoica que llega a todas las pruebas y las afronta serenamente, hallando en ellas sólo una consecuencia natural y sencilla de hechos anteriores, invocados sin alarde y sin jactancia; una derivación de la fidelidad a sus númenes y de su persistencia en el apostolado. El amor paternal pone un toque discreto de humano dolor, que se insinúa más que se expresa, que se sugiere más que se traduce en palabras; pero una energía tranquila da el tono de la carta realzada por una severa dignidad, que fluye tanto del concepto como de los términos empleados. Y nada más espontáneo. Es verdad que así fué siempre el doctor Gómez; es verdad que no conoció nunca la afectación, ni el énfasis; es verdad que su prosa fué diáfana como su pensamiento, y su poesía limpia como mañana de Abril, clara como cristal de fuente.

* * *

No creo deber ocuparme extensamente de lo que se ha llamado el anexionismo del doctor Juan Carlos Gómez. La crítica desprevenida y la verdad histórica relacionando la época con las ideas y abiéndose paso para imponer su prevalencia, han esclarecido ya suficientemente el punto. Si el escritor de *El Nacional* pugnó, en tiempos obscuros, por la reconstrucción del antiguo virreinato, quiso siempre esa reconstrucción a base de preeminencia oriental, según se ha dicho muy acertadamente. Acarició en efecto, el pensamiento de «la patria grande, capital Montevideo», con arreglo al cual nuestra metrópoli debia de ser el más poderoso foco de influencia, como que irradiaria sobre el resto del orgnnismo que se trataba de formar, sus luces, su civilización, sus adelantos, su cultura y su riqueza.

Sea cual fuere el concepto que merezca tal idea, en

cuanto se refiere a su practicabilidad en la época en que se la lanzara — ya que hoy, en virtud de las transformaciones operadas, no seria siquiera juicioso considerarla como cosa viable, capaz de convertirse en el hecho — asi se le juzgue utópica o equivocada — lo indudable es que no puede desprenderse de ella un cargo contra el patriotismo del doctor Juan Carlos Gómez. El amor al terruño, fué una de las más grandes pasiones de la vida del prócer. Todo lo que se le relaciona, nos habla de ese amor acendrado en el sacrificio y en el renunciamiento. Por él rehusó el rectorado de la Universidad de Buenos Aires, cuya aceptación le habria impuesto la adopción de la ciudadania argentina; por él luchó sin recompensa y sin premio; por él pudo decir en carta dirigida al doctor Alejandro Magariños Cervantes:

« Nací el año veinte, el año de las montoneras y de las independencias, No había entonces nacionalidad oriental. El Estado Oriental era una provincia argentina. Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal, y calcule usted el camino que hubieran hecho mis ambiciones, si las hubiera abrigado, desde 1825, en este ancho campo en que podia aspirar a la posición eneumbrada y a la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados, nacidos bajo la bandera oriental, se han hecho declarar argentinos, y han sido diputados, senadores, ministros y tal vez llegue alguno a calzarse la presidencia. Yo preferí, a esa tentación de la montaña, correr la suerte adversa de mi provincia natal, por falta de corazón, no abandonando a la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, corriendo sus tempestades, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme solo en la playa, aterido y desnudo. Yo preferi, por falta de patriotismo, ser el ciudadano de una pobre provincia, asolada por la guerra, descuartizada por los caudillos, a ser prócer de una grande y próspera república o magnate de un opulento y vasto imperio ».

Tal el anexionismo del doctor Juan Carlos Gómez. A la luz de la investigación, de la compulsa, de la critica,

de la representación del escenario y de los tiempos en que el prócer desenvolvió su acción, de la verdad histórica restablecida,— la leyenda forjada para mutilar su personalidad moral, se ha desvanecido, impotente para detener la suma e inevitable consagración del mármol.

* * *

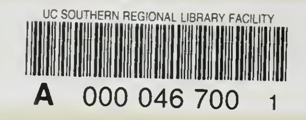
Señores: La rememoración, el culto del pasado, no está reñido con los ideales del porvenir. La labor del tiempo que fué, es el antecedente de la obra de mañana. No hay progreso humano; no hay bien capaz de perdurar; no hay empresa destinada a dar en tierra con un orden de cosas determinado; no hay alteración ni cambio fundamentales que no reconozcan como punto de partida el pasedo, porque las grandes transformaciones se van gestando lentamente en los espiritus y en las conciencias y son el resultado de la colaboración del tiempo y las generaciones. El Partido Colorado es un partido de porvenir; pero no ha necesitado para serlo improvisar programas ni aptitudes. Una fuerza misteriosa lo impulsa hacia adelante y obedece a una gran voz que viene de lejos, voz que atruena unas veces los aires con el estruendo de las armas y que otras clama y adoctrina con los acentos del tribuno. Es la voz del pasado; es el sedimento que ha quedado de las grandes luchas por la libertad; es la vieja porfía por la civilización que nos empuja haciéndonos cumplir nuestro destino histórico. Los tiempos hnn cambiado; otros problemas nos agitan; distintas son las condiciones del ambiente; pero a través de todas las mutaciones, de todas las metamórfosis, hay algo que subsiste, sin mengua de nuestra poderosa facultad de adaptación y de nuestros ensueños generosos de futuro; es la tendencia del esfuerzo, la causa de nuestra actividad; el motivo de nuestras actitudes; son las aspiraciones y los principios, las normas y los lineamientos generales de la acción, que no podrian variar porque forman la médula de esa « entidad moral, impersonal e imperecedera », que es el Partido Colorado!

Y si todo esto es verdad ha podido decirse, en ese sentido, con palabra inspirada, desde esta misma tribuna, también en homenaje a aquella diosa: « La tradición no constituye un anacronismo, ni un obstáculo para el progreso. A los futuristas que nos reprocharan nuestro partidismo tradicionalista, nosotros les contestaríamos con el aforismo del gran Rivarol: « las cosas no deben desaparecer, mientras no han desaparecido las causas que dieron lugar a su nacimiento. »

Por eso está vivo — y debe seguir viviendo el espíritu de la Defensa; por que ahi está vivo el espiritu del Cerrito — con la mirada esquiva y felona, aquella con la que su fundador engañó a Rivera; — con la mano traidora de Pereira y sus ministros, que garantizaron la vida de nuestros prisioneros, en Quinteros, para entregarlos al verdugo. Potencialmente — correligionarios — la Guerra Grande no ha terminado. El que primero abandone la tradición, le abandona el campo al enemigo. »

Podemos nosotros, señores, en medio a esta realidad de la patria que consagra los más nobles empeños civilizadores, hablar con orgullo de nuestros próceres, de nuestras grandes figuras civiles y militares, de nuestros hombres ilustres del pasado; de Rivera, el héroe de Cagancha, que, según la frase del doctor Anacleto Dufort y Alvarez, en su trabajo sobre aquel memorable hecho de armas, « sabia vencer, pero no sabia matar »; de Joaquin Suárez, la figura patricia, que ocupó el sillón presidencial bajo las angustias del sitio; de Melchor Pacheco, que fué el nervio y el alma de la Defensa; de Manuel Herrera y Obes, a cuyos esfuerzos y fino tacto diplomático, debiéronse en parte, el levantamiento del cerco de Montevideo y el desplome de la tirania de Rosas; de César Diaz, que ciñó a su frente nimbada por la inmortalidad, la trágica corona del martirio; de Venancio Flores, el jefe de la Cruzada Libertadora; de Tomás Gomensoro, cuya larga vida fué « una sanción gloriosa de su conducta social »; de Juan Carlos Gómez, « león con alma de poeta; de Santiago Vázquez, que contribuyó con su talento y con sus luces a elaborar la carta de 1830, y que inició

la ley del 12 de Diciembre de 1842 que libertó a los últimos esclavos; de Pedro Bustamante, periodista y orador de nota; de Lorenzo Batlle, cuya divisa: «con el partido para el país», es también la de nuestro Club; de todos los que lucharon contra el despotismo y contra el crimen, haciendo escuela de libertad; de los que nos enaltecieron en el concepto exterior con los destellos de su inteligencia; de cuantos concurrieron a asignarnos un sol preponderante en las jornadas del porvenir!


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 046 700 1